

LA FUGITIVA

Sergio Ramírez



LA FIESTA DE LOS ÁNGELES

Los restos mortales de Amanda Solano, exhumados del Panteón Francés de San Joaquín en la ciudad de México, donde murió el domingo 8 de julio de 1956, llegaron al Aeropuerto Internacional de El Coyoacán el viernes 16 de junio de 1961 a las 3.50 de la tarde, con retraso de una hora, a bordo de un avión carguero cuatrimotor DC-4 de la línea de bandera nacional Lacs, consignados en el manifiesto número AA172-500, según consta en los archivos de la Dirección General de Aduanas correspondientes a ese año.

En el mismo manifiesto figuran mercaderías diversas con destino a almacenes y agencias comerciales de San José,

Cartago y Alajuela, entre ellas fardos de textiles de diversa textura y color, llantas y neumáticos de caucho para camiones y tractores agrícolas, balas de sacos de yute para empacar café de exportación, barriles de urea y otros fertilizantes, bebidas espirituosas (tequila) en cartones de 12 botellas c/u; rollos de alambre de púas de medio quintal c/u, bultos con muestras de medicamentos sin valor comercial; así como también sacos de lona conteniendo latas de películas destinadas a los circuitos de exhibición, cajones de flores confeccionadas en tela y papel crepé y otras artesanías de cerámica, madera y latón, lo mismo que cajas de libros educativos y recreativos, y paquetes de revistas de modas y variedades.

De acuerdo a la crónica publicada en la tercera página del diario La Nación del día siguiente, suscrita por el reportero Romano Minguella Cortés, el ataúd color borgoña, provisto de maniguetas metálicas, y adornado en la parte superior de la tapa con un crucifijo también metálico, llegó resguardado en un cajón de tablas de pino sin cepillar, y fue bajado por medio de un montacargas frente al hangar de los almacenes fiscales de la Aduana. Una vez descuadernado el cajón por medio de una barreta, y llenados y sellados los documentos de rigor por delegados de la propia Aduana y del Ministerio de Sanidad, el ataúd fue entregado al licenciado Fausto Bernazzi Sotela, secretario privado del presidente de la república, y conducido por miembros de la Guardia Civil a la carroza fúnebre de la Funeraria Polini, un Chevrolet Impala color blanco, modelo 1960, que aguardaba en la rampa.

A las 4.40 de la tarde, bajo una tenue llovizna, y mientras el cielo tendía a cerrarse, la carroza, seguida de una caravana formada por unos cuantos automóviles, se dirigió hacia San José, con destino a la Capilla de Las Ánimas, situada en la Avenida 10, lugar habitual de celebración de los oficios fúnebres dada su conveniente cercanía con el conjunto de cementerios de la ciudad. Allí aguardaba el acompañamiento presidido por la Primera Dama, Olga Benedictis de Echandi, esposa del presidente Mario Echandi Jiménez (1958-1962), y el responso, que se inició a las 5.30, estuvo a cargo del párroco titular, padre Cipriano Chacón Cornejo.

Minguella, único periodista presente en el aeropuerto a la llegada del cadáver, acompañó la caravana a bordo de su motocicleta y da noticia del funeral hasta su conclusión en el Cementerio General, así como de los asistentes al mismo, entre los que se cuentan familiares, antiguas amigas y compañeras de colegio de Amanda, algunas con sus esposos, y unos cuantos escritores contemporáneos suyos. No figura el nombre de Claudio Zamora Solano, su único hijo, que para entonces tenía veinte años de edad, ni el de Horacio Zamora Moss, desde hacía muchos años divorciado de ella.

El sepelio se realizó pasadas las 6 de la tarde y fue apresurado, porque eran ya más amenazantes las señales de lluvia en medio de la creciente oscuridad, y la única fotografía que ilustra la crónica de La Nación, tomada por el propio Minguella, muestra un abigarrado

conjunto de paraguas, congregados alrededor de la fosa abierta, sobre cuya seda brilla la garúa que empieza a nutrirse.

De todo eso ha pasado ya más de medio siglo, y mi última ronda de visitas y entrevistas para documentar esta novela termina precisamente aquí mismo en el Cementerio General donde, otra vez, como en 1961, el cielo vespertino es de lluvia, y traspongo el portón a resguardo del paraguas que me han dado en préstamo en el hotel, para caminar a lo largo del callejón principal mientras cae una garúa muy parecida a la de entonces.

Me acompaña en la excursión Alfredo González, quien me ha guiado por no pocos de los laberintos de la vida de Amanda en todo este tiempo de mis indagaciones, devoto de ella como es, igual que otros jóvenes que forman una especie de logia de admiradores suyos que buscan y guardan datos, cartas, documentos relacionados con su vida, y fotografías, y mantienen una red en Facebook dedicada a ella. No son muchos, pero suficientes para convertirla en una escritora de culto, al punto que organizan también lecturas de su obra, y han hecho fabricar camisetas con su efigie y otros souvenirs.

El Cementerio General es el más extenso del conjunto, y se encuentra unido en el mismo rectángulo con el Cementerio Obrero, sin frontera visible entre ambos; hacia el este se halla el Cementerio Calvo, separado de los dos anteriores por el bullicioso Mercado de Mayoreo, que

penetra en la ciudadela mortuoria como una imprevista daga con todo y su tráfigo constante de camiones, su vocerío, y sus olores a frutas y verduras que al final de la tarde comienzan a podrirse en los cobertizos; el Cementerio Israelita ocupa la culata del Cementerio Calvo, hacia el sur, donde se abre una zona industrial, y por último, aparte pero cercano, está el pequeño Cementerio de Extranjeros, en un cuadro arbolado al otro lado de la Avenida 10.

A primera vista el visitante tiene la impresión de hallarse en medio del depósito al aire libre de un marmolista lleno de encargos, con muchas piezas por entregar y otras tantas sometidas a reparación. Hay conjuntos completos y estatuas enteras, pero también abundan los rostros sin nariz y los muñones por lo que asoma un clavo herrumbrado que antes sostuvo una mano grácil, y faltan así mismo coronas en las cabezas de las vírgenes, resplandores en las cabezas de los santos, y alas, a veces una sola, en las espaldas de los ángeles.

También se ven obeliscos rodeados de verjas de fierro tras las que crece la hierba reverdecida por las lluvias, y pesados promontorios funerarios de cal y canto que se alzan en el encierro de balaustradas de columnas rollizas, no pocas de ellas desportilladas; y en las lápidas de mármol, marcadas por la huella de herrumbre de los tarros de conserva usados como floreros, hay letras de bronce perdidas en los nombres, y fechas borradas, obra de vándalos, podría alegarse, pero los peores entre ellos, conocidos por su inclemencia, son Tiempo y Olvido.

Los ángeles en custodia de los sepulcros son multitud, para no decir Legión. Lucen frondosas cabelleras, túnicas ceñidas por cordones terminados en borlas y sandalias andariegas atadas por correas, y entre ellos hay unos que están riendo por lo bajo mientras pulsan toda suerte de instrumentos de cuerda: arpas, salterios, cítaras, vihuelas, laúdes, mandolinas, o elevan sus trompetas festivas como si anunciaran más bien una celebración de carnes tolendas y no el juicio de la misericordia final, músicos de frío mármol que tocan en concierto desde los sitios donde se yerguen, y sólo se echa en falta a aquel de entre ellos que debería llevar la batuta de la orquesta.

Hay otros, sin embargo, que no se prestan a jolgorios, y uno, de alas plegadas y aspecto muy hierático, mantiene un dedo en los labios pidiendo silencio, para recordar que este es un lugar sagrado y no de músicas, aunque resulta muy patente que los demás no le hacen caso, pues si así fuera, qué tiempos la fiesta que se libra bajo el cielo de crecientes tinieblas habría terminado.

De entre los ángeles que no participan de la algazara, hay uno que tiene un mazo de llaves en la mano, y nadie puede aventurarse a suponer qué puertas abrirá con ellas, salvo que el visitante acepte sin más discusiones que son las del reino celestial, y no las pesadas puertas de plomo candente del reino del Contrario. Otro alza el brazo en ademán de sostener un farol,

seguramente para alumbrar el camino de las almas, pero falta el farol, y sólo queda en la mano de mármol, donde seguramente iba atornillado, el gesto de asir la argolla; y faltan dedos en esa mano.

Otro ayuda a un niño a despojarse de su envoltura terrena, con la dulzura materna de quien lo prepara para la cama desabrochándole la ropa, sucia de tanto correteo como tuvo en el día; y otro más vela el reposo de una doncella peinada de trenzas, acunándola en su regazo, la mano sobre su frente desnuda y seguramente febril, y de cerca se notará la sonrisa apenas perceptible en los labios de ambos, ángel y doncella; en lo que al ángel respecta, bien parece que va a empezar a contarle un cuento de hadas para toda la eternidad.

Al avanzar hacia el sur por el callejón principal, atrae la vista un hermoso conjunto escultórico de tamaño natural, asentado sobre un basamento de piedra de cantera. Se trata de una familia completa, perpetuada en mármol de Carrara. La madre agoniza en el lecho revuelto, mientras una niña llora abatida escondiendo el rostro entre las sábanas que cubren a la moribunda, y otra, también de tierna edad, ora arrodillada en un reclinatorio. El padre, desvalido, vestido de levitón, la barba pulcramente trasquilada y el sombrero de copa en una mano, como si la etiqueta no pudiera faltar de ninguna manera aún en esta hora del tránsito supremo, se apoya con la otra en el respaldo de una silla. Y todavía alcanzan en el conjunto el

sacerdote revestido con sus ornamentos sagrados, que prodiga la extremaunción a la madre, y el médico junto a la puerta invisible del aposento, impotente en su ciencia, el estetoscopio colgado al cuello, los dedos pulgares metidos en los bolsillos del chaleco, la noble cabeza bañada de cagarrutas de golondrinas.

En este callejón principal abundan los templetos. Hay uno en el que despuntan sus torretas góticas, como la capilla de un colegio de monjas; otro de frontis romano, en la vena de la moda neoclásica, sus columnas estriadas que suenan a hueco; otro, con balaustradas en el techo, que imita un palacete mediterráneo; aún otro, que parece la torre de una iglesia sembrada en el suelo por un terremoto, pero que conservó intacta su cúpula de media naranja; y todavía otro, más reciente, desnudo en sus planchas de granito, como la sede de un banco hipotecario.

No obstante, la ilusión de majestad queda rota en no pocos de ellos por sus escasas proporciones, lo que obliga al visitante a inclinarse un tanto para husmear tras los portones de rejas cerrados por cadenas de las que penden candados llenos de sarro, muestra de que los recintos son poco frecuentados. En uno y otro rincón de sus interiores descansan acaso una vieja escoba, un balde, una piocha, y el pavimento, donde sobresalen las argollas de las losas, está alfombrado de un amasijo de hojas muertas que el viento ha venido acumulando con perseverancia.

A medida que nos alejamos del primer patio, y entramos al segundo, las soledades del dinero viejo se han acabado, y junto a una capilla de frontis dórico pueden verse túmulos

forrados de azulejos, como piletas que invitan a tomar un baño, y de los que sobresalen unas cruces revestidas de los mismos ladrillos lustrosos, como para colgar en ellas la toalla; o capillas de bloques ornamentales que tienen persianas de vidrio montadas en molduras de aluminio, y tanto se parecen esas capillas de ambiente doméstico a las casas construidas en serie en las numerosas nuevas urbanizaciones de San José, que sólo faltaría escuchar que llegan desde dentro las voces de una telenovela en el televisor encendido, y a alguien que se afana con los trastos de cocina. Son intrusiones que contribuyen a disipar los esplendores de la fiesta de los ángeles del otro patio, pues aquí todo el mundo debe acomodarse a como mejor puede, de acuerdo a las posibilidades de cada bolsillo; y si de escuchar el concierto se trata, habrán de conformarse con hacerlo de lejos.

Pero ahora nos acercamos al tercer patio, el sector más lejano, y el límite final del cementerio, pues más allá del muro fronterizo, al otro lado de la calle, descuellan las naves y torreones de una fábrica de aceite vegetal, y antes de alzar la vista hacia las chimeneas de latón, uno siente en el aire el olor del aceite que hierve en las calderas.

A los nichos horadados en varias filas a lo largo del muro fronterizo, van a dar con sus huesos los menos afortunados, aquellos que llegan con premura y no disponen de ningún terreno propio, y en la boca sellada de cada uno de estos nichos se muestran las inscripciones, unas en

aplicada letra escolar, otras que chorrean anilina, y otras obligadas al equilibrio, encaramadas encima de una línea trazada con lápiz de carpintero.

De regreso al primer patio, Alfredo me lleva con paso seguro hacia el terreno donde fue enterrada Amanda. Se trata del cuadro Dolores, 4a avenida, lote número 6, lado sur, línea 4, fosa 231. La losa, brillante como si acabaran de lavarla, está hecha de pequeños ladrillos de color gris jaspeado, pero no hay nada que la identifique, salvo una minúscula chapa de registro de la Junta de Protección Social de San José con el número 729.

Esta mujer que aún deslumbra por su belleza en las fotografías, sólo cambió de sepultura tras el rudo viaje en un avión de carga, mientras tanto su país natal apenas parpadeó con un algo de extrañeza y otro de indiferencia ante su regreso. Volvió para ser, otra vez como siempre, fugitiva. La fugitiva que cinco años después de su muerte llegó desde una tumba sin nombre, marcada con un número, a otra tumba sin nombre, marcada con otro número.

Ahora quiero empezar a contar como fueron las cosas de su vida lo mejor que pueda, aunque ya se sabe lo difícil que se vuelve sustentar las certezas y dejarse de mentiras en este oficio del diablo.

SÓLO A LA MUERTE SE LLEGA DEMASIADO TEMPRANO

Desde la calle donde se halla el chalet de estilo misionero de doña Gloria Tinoco viuda de Yglesias en el barrio Amón, es posible escuchar el sosegado rumor de las aguas del río Torres que corre en una hondonada entre la espesura salpicada por techos rojos de zinc, y de la que llegan, de cuando en cuando, los chillidos de los simios presos en las jaulas del Parque Zoológico Simón Bolívar, al que la gente llama más comúnmente “el parque de los monos”.

El chalet tiene una torre que viene a ser coronada por una cumbreira de tejas de cuatro aguas, como un palomar, su tramo superior adornado con ventanas gemelas en cada cara y rodeado por un balcón de fierro, mientras tanto el cuerpo de la casa, con su techo igualmente de tejas, verdeadas por el moho, se angosta más de la cuenta, como si las pretensiones del arquitecto hubieran sido detenidas por la mano que pagaba, con lo que la torre parece una imposición exagerada frente al conjunto. El estilo colonial californiano, o misionero, se puso de moda en los años cuarenta en San José, y quedó patente en las residencias del Paseo Colón, y en la antigua terminal de pasajeros del aeropuerto de La Sabana, que ahora es el Museo de Artes Costarricense, y cuya torre, a la que el vigía trepaba para anunciar con un toque de campana que había avión a la vista, recuerda la del chalet de doña Gloria, sólo que ésta no acusa ninguna utilidad, más que la de estrecho mirador al que nadie sube.

Me detengo frente a la puerta de roble barnizado, tras atravesar el jardín frontal que un muro de poca alzada separa de la calle. La penumbra con la que me voy a encontrar parece empezar aquí mismo, bajo el portal a cubierto sostenido por dos columnas salomónicas; y aunque la puerta tiene una pesada argolla que una día sirvió para llamar golpeándola contra la chapa, ahora hay un timbre al lado, el botón al centro de una placa de reflejos verdes, hacia el que baja el cordón eléctrico que una mano de pintura beige, el mismo color de la pared, busca ocultar.

Una mujer madura, cuyo uniforme de enfermera cruje con el almidón al paso de sus zapatos imitación de Adidas, viene a abrirme. Me conozco esos rasgos, los anchos pómulos, la piel morena, el pelo lacio tan negro. Nicaragüense. Sólo lo había visto en la tele, me dice con intencionado acento costarricense, mientras su boca, en la que hay reflejos de calzaduras de oro, enseña una entusiasta sonrisa cómplice que luego esconde tras el dorso de la mano.

Los emigrantes nicaragüenses son hoy abundantes en Costa Rica, cocineras, niñeras y empleadas del aseo doméstico, albañiles, carpinteros, electricistas, fontaneros, jardineros, guardias de seguridad y celadores nocturnos, mucamas y botones de hoteles, cantineros y músicos, enfermeras, comerciantes y buhoneros, además de cosechadores de café, caña de azúcar y banano, y despiertan miedos y recelos como si en una invasión concertada se prepararan a apoderarse del país, mientras ellos, precavidos, se apresuran a borrar toda huella de su acento y de

sus modales confianzudos y a veces agresivos, convencidos de que la mejor manera de protegerse frente a la hostilidad es mimetizarse aprendiendo a hablar y a comportarse en la sosegada clave costarricense lo más rápidamente posible, aunque a veces el disfraz no resulte a la medida.

Un espejo Art Deco de cuerpo entero, sin moldura, se erige contra la pared que delimita el recibidor, a un lado un perchero de pedestal que se abre como una mano para recibir los abrigos que en un tiempo fueron comunes en San José, antes de que se volviera una ciudad de clima tropical, y al otro un cajón para depositar los paraguas que no está de más, desde luego que las lluvias puntuales de las dos de la tarde, aunque menos copiosas, no abandonan la meseta central. Detrás de la pared del espejo está la sala, sumida en esa penumbra que se anunciaba desde fuera, una penumbra húmeda no sólo a causa de la lluvia que no deja que nada se oree, sino del encierro, un encierro de cortinas corridas que huele a la cera con que se abrillanta el parquet, y hay también un lejano aroma de cocina. Los muebles están cubiertos por fundas de manta, como si los dueños se hallaran ausentes en un largo viaje, y por todas partes brillan los adornos de plata que parecen ascuas de un incendio hace tiempo sofocado.

Al fondo, al lado de un piano de cola que roba espacio en la estancia, aguarda mi anfitriona. Va vestida con discreta distinción, con un traje de lino color marfil, y a medida que me acerco, sus ojos, en los que resplandece una chispa de amable picardía, me escrutan con curiosidad. Su

delgadez, que hace parte de su elegancia, parece más bien el fruto de una disciplina de toda la vida que consecuencia de la edad; tampoco sus arrugas muestran decrepitud sino discreción en el acto de envejecer, y las lleva con naturalidad, como lleva su sonrisa, y como lleva el cabello corto de tinte plateado.

Me extiende la mano, y ahora sí, esa mano vieja parece un guante ajeno, el enjambre de venas gruesas realzadas sobre el dorso estriado como una antigua porcelana, los anillos que pesan en los dedos, y las pulseras que pesan en la muñeca, y me dice sonriendo, sin dejar de mirarme, que no esperaba que yo fuera tan puntual: cuando se da una cita para las diez de la mañana y se llega a la hora exacta se puede cometer una imprudencia, la dueña de casa puede estar saliendo apenas del baño, y si es una invitación a cenar, puede encontrarla en bata y los rulos en la cabeza porque aún debe peinarse, y todo esto, como ve, termina convirtiéndose en una descortesía. ¿Pero de que hablo yo, con esa pantomima de invitaciones a cenar? Esta casa no se abre desde hace cuarenta años, desde que murió mi esposo Braulio, que en paz descansa, y usted ya sabe, por todo el tiempo que vivió en Costa Rica, que casi nunca nos prestamos para invitaciones sociales; somos poco para eso, y por eso nos critican los demás centroamericanos, ¿no es cierto?

Ahora me toma del brazo y con pasos frágiles me lleva a través de la puerta corrediza que da a la terraza cubierta, una estancia separada del jardín por una vidriera sucia de excrementos

de pájaros, y donde nos libramos un tanto de la penumbra porque aquí estamos ya a la luz de la meseta rodeada por los promontorios de las montañas, una luz que no llega a ser sombría en tanto no empiece a llover.

El juego de poltronas y el sofá, con sus cojines de cretona floreada, y sus brazos curvos estriados color de miel, que descienden en arco hasta el piso, son también una herencia del Art Deco. Apenas nos hemos sentado aparece la enfermera, mi compatriota, cargando, como si se tratara de una ofrenda, una gran bandeja de electroplata que deposita en el sobre de vidrio de la mesa baja, y tras regalarme otra sonrisa cómplice de las suyas, se retira con el paso silencioso de sus falsos zapatos Adidas.

En la bandeja hay una jarra con café, también de electroplata como la azucarera y la cremera, dos finas tazas con una orla azul cobalto en el borde, las cucharitas de mango historiado depositadas en las escudillas, y bajo una servilleta almidonada, que la anciana descubre con precisión de prestidigitadora, unos pequeños sándwiches divididos en triángulos, el pan despojado de la corteza. Estos son de pepino picado, dice, porque mi estómago se reciente con todo, y aunque me hace daño el café, en eso sí me doy el lujo de desobedecer a mi doctor, un geriatra, qué palabra aborrecible ésa; los otros, si no le gusta el pepino, y no es que a mí me apasione comer sándwiches de pepino, son de jamón.

Su voz suena agradablemente cascada, como el eco de otra voz juvenil que una vez fue enérgica y alegre, y lo mismo suena su risa, como un fantasma de otra risa que busca escapar de la prisión del tiempo. Me mira de nuevo con sus ojos inquisidoramente risueños, como si buscaran provocarme, alza luego la jarra para servirme el café, con un temblor que me alarma, y cuando trato de quitársela para hacerlo yo mismo, se niega con vehemencia.

Canderel, azúcar falsa, suspira, mientras rompe el sobrecito celeste para verter en su taza el polvo que más bien parece harina, y yo tanto que deliraba por los dulces, el dulce de chiverri, ¿ha probado el dulce de chiverri? Bueno, imagino que sí, con tanto tiempo pasado acá. Pero dígame: ¿de dónde le viene ese interés por Amanda? No, no voy a preguntarle eso, usted es el que vino a preguntarme. ¿Va a escribir una biografía, o una novela? Bien pueden ser las dos cosas a la vez, ya lo sé, una novela que parezca biografía, o una biografía que parezca novela, estoy de acuerdo. Por mí no tenga cuidado, puede poner mi nombre, no tiene que disfrazarme, quién se disfraza a mi edad. Además, he tenido tantos años guardado lo que sé de Amanda, que ahora aparece usted para escucharme decir lo que, de otro modo, nadie escucharía ya. Alfredo González, que es un muchacho inteligente, apasionado como pocos de Amanda, me recomendó mucho que lo recibiera a usted: hay un escritor nicaragüense tal y tal que vivió muchos años en Costa Rica, que quiere escribir sobre Amanda Solano. Magnífico, Alfredo, le dije, usted me avisa con un día de anticipación, y con todo gusto lo recibo.

Toma una campanilla de la mesa, y la hace sonar. La enfermera aparece de inmediato, y le pide traerle las carpetas que ha dejado en la mesa de noche. La ha llamado Casilda, y Casilda se va con su paso silencioso. Es el nombre que puse a un personaje de mi primera novela, Tiempo de Fulgor, y desde entonces no había vuelto a saber de él. Casilda es una imposición de mis hijos, dice, bajando la voz, porque no quieren que viva sola. ¿Y qué tiene vivir sola? Cedió, para no crear litigios, pero de todos modos nos acomodamos bien; además de darme a tiempo las medicinas, y ponerme una inyección de no sé qué vitaminas una vez a la semana, cocina lo poco que como; y aunque mis hijos insisten en que duerma conmigo en mi cuarto, eso sí no lo permito.

Casilda ha vuelto con las carpetas, y la anciana las deja en su regazo.

Cuando quiera, entonces. Y puede grabar, no hay problema. Vea qué grabadoras esas de ahora, tan chiquiticas. Mi esposo Braulio fue de los primeros que tuvo una en Costa Rica, de la marca Telefunken, un cajón tan grande como valija de polaco, con dos carretes y un micrófono enchufado de un cordón, que él sacaba por la ventana para grabar los ruidos de la calle. Qué vagabundería estar grabando bocinas de carros, ladridos de perros, llantos de niños, groserías de borrachos, pregones de verduleros que pasaban con sus carretones, le decía yo. Ah, ésa es la vida, contestaba, ¡son los ruidos de la vida! ¡Si hubiera un aparato para grabar los olores! ¡Los buenos y los malos, porque eso también es la vida, como esa tufalera a levadura que se viene de las alcantarillas, y que parece de jazmines macerados!

Es que aquí en el Barrio Amón, cuando funcionaba la Fábrica Nacional de Licores, antes de que la convirtieran en el Ministerio de Cultura, echaban a las alcantarillas los desperdicios, y de las bocas de los desagües en las calles, sobre todo en la quietud de las noches, salían a toda hora esos vapores fermentados. Aunque no lo pareciera, y más bien aparentara todo lo contrario, Braulio mi esposo era un poeta. Quién iba a decirlo, si su profesión era economista, graduado en la Universidad de Notre Dame, en Indiana, y los Yglesias fueron siempre gente de cuentas y de números, aunque también de la política. Ya ve al presidente Rafael Yglesias, su tío abuelo.

¿Le han dicho que la fachada de piedra cantera de la Fábrica Nacional de Licores es igual a la del Mercado de los Vinos de París? Lo comprobé cuando estuve la primera vez con Braulio, comisionado en tres ocasiones por el gobierno para buscarle mercados al café costarricense en Francia, Bélgica y Alemania. Y la puerta por donde entraban las carretas de bueyes cargadas con los ladrillos de dulce de rapadura acarreados desde los trapiches para preparar las mieles, es igual a la puerta de Alcántara de Toledo. También lo comprobé en una de mis visitas a España. Un verdadero baluarte la fábrica, con patios empedrados, las naves de paredes y techo de láminas de hierro galvanizado, una para las cubas de fermentación, otra para los alambiques de la destilería, otra para los almacenes de dulce, otra para los toneles, y una para las oficinas administrativas y contables, además del cuartel de los soldados del Resguardo Fiscal, porque los alcoholes eran

protegidos como estanco del estado; sobre todo eso escribió un artículo mi esposo Braulio, muy bonito, muy detallado con datos históricos, pero nunca lo publicó, así era él, modesto en todo. Entré allí una sola vez en la vida, con motivo de una excursión de las alumnas del Colegio de Señoritas, pero nunca olvidé esos olores tan fuertes a licor que me hicieron vomitar en uno de los patios, como si me hubiera bebido un litro entero de anisado, del que hacían allí. Nadie podía decirme entonces que iba a venir a vivir en este vecindario ya casada.

La Fábrica Nacional de Licores es ésa que está aquí nomás, a pocas cuadras, separada del Edificio Metálico por el Parque España, al otro lado del Parque Morazán, cruzando el Paseo de las Damas; pero yo me pongo a hablarle a usted como si nunca hubiera estado en San José. El Edificio Metálico, fíjese qué ocurrencia, lo trajeron desarmado en un barco desde Bélgica, donde construyeron todas las piezas, vigas, techos, artesonado, paredes, ventanas, puertas y escaleras, un peso de mil toneladas si no me equivoco, mi esposo Braulio sabía con exactitud esos datos. Antes de embarcar en el puerto de Amberes las piezas numeradas en concordancia con los planos, armaron por completo el edificio en los patios de la fábrica, para ver cómo quedaba. Fue obra del mismo arquitecto que diseñó el teatro La Bomboniere en Lieja, y es completamente neoclásico. En ese edificio funciona, desde que yo me acuerde, una escuela pública, la escuela Buenaventura Corrales, y al pasar por allí hay ese silencio mortal de los colegios cuando no es la hora del recreo.

Pues le decía del Parque Morazán, y del Paseo de las Damas que arranca en la Estación del Ferrocarril del Atlántico. Ahora pusieron calle de por medio con el parque el hotel Holiday Inn, ese cajón de vidrio que parece tan falso, y en esos vidrios, se me quedó eso la única vez que pasé hace años por allí, se refleja el quiosco de las retretas con su cúpula de cemento de columnas dóricas, también neoclásico como el Edificio Metálico. Es que aquí somos neoclásicos en cuerpo y alma, eso nos lo decía Teodorico Quiroz, que nos daba historia de la arquitectura en el Círculo de Amigos del Arte a un grupo de muchachas recién salida del Colegio de Señoritas; y, más apartada en el parque, la estatua del general Francisco Morazán, el pobre caudillo liberal hondureño que anduvo queriendo sostener la Federación Centroamericana en medio de continuas guerras civiles, qué iba poder, cinco países tan indómitos y pendencieros. Hasta que, ya ve, lo agarraron prisionero y lo fusilaron, aquí mismo en Costa Rica, y luego le pusieron su nombre al parque y lo subieron a un pedestal al lado del quiosco. Los ticos nos pintamos para eso, primero te fusilan y después te hacen un monumento. Esther de Mezzerville, mi mentora en el Colegio de Señoritas y mentora de Amanda, tenía a Morazán por santo, todo prócer que fuera masón era santo para ella.

Yo pensaba en un tiempo que el Paseo de las Damas tenía que ver con mujeres elegantes desfilando a pie bajo sus sombrillas de encaje, o sentadas de manera indolente en landós

descubiertos que van al paso, mientras hay petimetres que las emparejan a caballo, como en las novelas francesas. Pues se trata de un bonito equívoco y fue mi esposo Braulio quien me sacó del error, porque damas se llaman más bien los árboles que dan sombra al paseo, importados especialmente de Filipinas por el ministro de Obras Públicas don Remigio Polini, quien lo mandó construir, hombre emprendedor que también fundó para ese tiempo la Funeraria Polini. A Braulio le gustaba contradecir a nuestras visitas en ese aspecto, prueba en mano; provocaba la discusión, y entonces enseñaba las láminas de esos árboles que aparecen en el catálogo del Jardín Botánico de París.

Esta casa se construyó bajo la batuta de Braulio, muy correcto a la hora de pagar las planillas de operarios y muy meticoloso en el gasto porque ahorraba todo centavo que podía, aunque sabía darse sus lujos, los viajes trasatlánticos los hacíamos en cabinas de primera clase, el agua de colonia de la mejor, pedida a Alemania, los pañuelos de lino marcados con sus iniciales, y exigía cabello de mujer como hilo del bordado de las letras.

Cuando nos trasladamos aquí, el barrio Amón gozaba aún de quietud, sus calles más o menos desiertas de tráfico, el vecindario muy selecto. Después, ya en los años sesenta, empezó la emigración de las viejas familias hacia los nuevos barrios de moda en el oeste de San José, Los Yoses, Francisco Peralta, Escalante, vecinos a San Pedro de Montes de Oca donde se habían

construido los primeros edificios de la ciudad universitaria. Claro que yo nunca quise moverme de este sitio, ni siquiera ya viuda, aunque me fuera quedando rodeada de ruido y de alojamientos de turistas de esos que llaman bed and breakfast, restaurantes jactanciosos y cafeterías para gringos, discotecas pintadas de ciclamen y azul de Prusia, qué horror, boutiques, galerías de arte, tiendas de antigüedades y de souvenirs. Qué puede una hacer.

La mayoría de estas casas fueron construidas en los finales del siglo diecinueve cuando vino la bonanza cafetalera, espérese que ya le voy a hablar del fundador del barrio, Monsieur Amon Duplantier. Aquí se ensayaron todos los estilos, el victoriano, el mudéjar, el tudor, mayormente en madera, o la mezcla que llaman ecléctica. Lo ecléctico, nos decía Teodorico Quiroz, es el calificativo que se usa para solventar el alboroto de los gustos combinados en medidas arbitrarias. El estilo botica, porque hay de todo, como en botica, según él. ¿Verdad que es un criterio gracioso? A Teodorico lo llamábamos Quico. Era arquitecto, escenógrafo de teatro, escultor y pintor. Él mismo era muy ecléctico. Vivía aquí mismo en el barrio Amón, en una casa muy rara diseñada por él mismo, donde había cuadros coloniales de vírgenes dolorosas con el pecho atravesado de puñales, al lado de unas copias de estatuas griegas desnudas, con sus partes nobles al aire, y unos canapés cubiertos de seda roja, con almohadones de damasco, que parecían muy licenciosos.

¿Qué más le digo? Las primeras residencias de este barrio aparecieron cuando estaba a punto de inaugurarse el Teatro Nacional, la cúpula fundida en la misma fábrica de Bélgica donde se hicieron las piezas del Edificio Metálico; y al mismo tiempo se levantaba la Estación del Atlántico que ahora es museo, como le dije, desde que ya no corre el tren que hacía la ruta a Puerto Limón. Museo y todo, desapareció el reloj barroco encargado a Berlín, que ya no está más en el frontispicio, ni tampoco las estatuas de bronce instaladas a ambos lados del portón principal, que representaban a Mercurio, porque es el dios del comercio y de los viajes lejanos, y a Venus Afrodita, no sé por qué. ¿Quién se las llevaría? Algún vivo de los que nunca faltan en Costa Rica las tiene de adorno en su casa.

Pues el tal Monsieur Amon Duplantier, que le decía, llegó a Costa Rica entusiasmado por su cuñado Monsieur Hipólito Tournon, dueño entonces del más grande de los beneficios de café del país, que estaba al lado norte del río Torres, aquí abajo, al que iban a dar los desechos del beneficio. Un año después había abierto ya las primeras calles del barrio que quedó consagrado bajo su nombre de pila, el barrio Amón, mientras su cuñado, Monsieur Tournon, tramitaba los permisos para otro que quedó consagrado a su apellido, el barrio Turnón, en los terrenos baldíos que rodeaban su beneficio de café.

En esos mismos tiempos apareció Mister Minor Cooper Keith, para unos un visionario, para otros un pirata, escoja usted. Venía en nombre de la United Fruit. Mister Keith entró

como por su casa en las selvas del Atlántico de Costa Rica, donde empezó a sembrar banano, nada menos que tres mil kilómetros cuadrados que el presidente Próspero Fernández le entregó mediante contrato, eso estaba en el texto de Historia Nacional que estudiábamos en el Colegio de Señoritas. Don Próspero era de la familia de mi esposo Braulio por la rama materna, tío de su madre doña Josefina Fernández. A cambio se comprometió a la construcción del Ferrocarril del Atlántico, que partía de San José y cruzaba esas mismas tierras para poner en Puerto Limón los cargamentos de racimos que iban a los muelles de Nueva Orleans, embarcados en las estaciones a lo largo de la ruta.

Monsieur Duplantier, igual que Míster Keith, tampoco descansaba, ni condescendía a ser dueño nada más de los solares del barrio Amón. Puso la primera planta de electricidad, con lo que empezó a acabarse el alumbrado de canfín, y se encargó de la construcción de la primera vía del tranvía. Se asoció luego con Míster Keith y se juntaron en una sola las dos empresas, la de electricidad y la del tranvía. No sienta que me voy apartando demasiado, porque por este camino del tranvía, vamos a llegar a Amanda.

¿Qué era San José entonces, para el tiempo en que empezaba a llenarse de tanta maravilla, un Teatro Nacional, mansiones de estilo europeo, alumbrado eléctrico, tranvía, estaciones ferroviarias? Porque también se construía el ferrocarril del Pacífico, que llegaba hasta el puerto

de Puntarenas. Pues una triste aldea de casas de madera y techos de zinc es lo que era, y las más importantes de paredes de adobe, henchidas con lodo, ripio y zacate, cumbreras de tejas de barro levantadas sobre cerchas que se sostenían en soleras labradas a escoplo, puertas de doble batiente, muy recias, que en lugar de bisagras se movían por espigas, y ventanas que no conocían el vidrio y se cerraban con postigos de guillotina.

Todo eso lo vio muy bien, con ojo providencial, Monsieur Duplantier. Vio la simpleza campestre de aquellas fachadas, las salas de piso de barro sin ninguna suntuosidad, donde se acomodaban muebles rústicos y pesados, puestos allí más por la necesidad de su uso que por ningún afán de exhibición de lujos. ¿Lujo? Esa palabra no entraba en la cabeza de ninguno de aquellos jefes de familia, tacaños y desconfiados, que guardaban las ganancias de los embarques de café en zurrone de cuero debajo de sus camas.

Viendo que los zurrone repletos de macacos y soles peruanos cogían moho en la oscuridad de los escondites, Monsieur Duplantier se esforzó en enseñarles a mis antepasados, con maña y paciencia, a ver el mundo con nuevos ojos; mientras tanto Míster Keith despachaba los cargamentos de racimos de banano a Nueva Orleans, Monsieur Duplantier les mostraba la puerta a Europa, que era el mismo Puerto Limón, pues por allí se iba también el café en oro, beneficiado por Monsieur Tournon, en sacos de gangoche del peso de una arroba, y a cambio

llegaban los muebles, los cristales emplomados y los cortinajes de las nuevas mansiones que venían de Marsella, los mármoles y estatuas de los edificios públicos que venían de Génova, las piezas del Edificio Metálico y la cúpula del Teatro Nacional de Amberes, las bancas de fierro, las taquillas enrejadas y los relojes de las estaciones ferroviarias de Hamburgo, y los rieles y los vagones de los trenes y del tranvía de Liverpool. Figúrese nada más que en los mentideros de la época llamaban a estos tres caballeros, Monsieur Duplantier, su cuñado Monsieur Tournon, y Míster Keith, la Santísima Trinidad.

Más que contestar preguntas, ¿usted quiere que me guíe yo sola por mis recuerdos? Achará, qué compromiso. A estas alturas la memoria es un pozo oscuro y yo en el fondo, necesitada de nadar para arriba, en busca de ver la luz. Pero el peor esfuerzo es el que no se hace, decía papá, que en paz descanse. No le he hablado aún de papá, pero irá saliendo en la conversación. Se llamaba Celestino, vea qué nombre. Celestino Tinoco. Él mismo, que era hombre de poca risa, se reía de la ocurrencia de sus padres al ponerle así, pero eran las costumbres campesinas que le digo, lo que traía el almanaque te caía por fuerza en la cabeza, San Celestino, Papa de la Iglesia, segundo domingo de octubre; no creo que se celebre a ninguna Santa Celestina, si tan mala fama arrastra ese nombre.

Pues ya vamos con Amanda. Vea qué cosa más rara. El ingeniero ferroviario Sigfried Starck, su abuelo materno, había venido a Costa Rica para entenderse en la construcción de las

vías del tranvía, y un domingo de principios del siglo un vagón de ese mismo tranvía lo aplastó.

Un día antes se había inaugurado la línea que iba de la Estación del Pacífico a Guadalupe, construida bajo su dirección, un acto solemnísimo amenizado por la banda de los Supremos Poderes, con discurso del presidente de la república don Rafael Yglesias y copa de champán y todo.

Pues relevado ya de sus preocupaciones paseaba el ingeniero Starck ese domingo por la Avenida Central del brazo de su esposa Emigdia, dama costarricense con la que se había casado al poco tiempo de su llegada. Iba elegante él con su porte militar altanero, revoleando el bastón como palillón de desfile, los ojos azules como de porcelana, de esos que les ponían a los muñecos en la Clínica de los Muñecos que quedaba en el Paseo de los Estudiantes, y muy acendrada la señora, vestida con las prendas modestas que ella misma se cosía; aunque era de profesión maestra, pues había sacado su título en el Colegio Superior de Señoritas, el ingeniero no la dejaba salir a dar clases porque la quería dentro de su casa mientras andaba él entendiéndose con asuntos de rieles, pernos, cables y poleas, y entonces ella se entretenía cosiéndose la ropa a su gusto y medida.

Entonces, al llegar en su paseo al cruce de la Calle Central, donde quedaba en una esquina el hotel Metropole y en la otra la confitería Sans Souci, propiedad de los hermanos Ricard,

que terminaron divididos y en la quiebra porque uno, el menor de ellos, era jugador de gallos empedernido y utilizaba las ganancias del negocio para comprar gallos de raza en Nicaragua y en Panamá y apostar por ellos, se descarrila el tranvía que venía desde la Estación del Pacífico y el pobre ingeniero Starck alcanza a empujar a la esposa lejos de aquellos hierros despavoridos, pero el vagón lo alza a él enganchándolo en la parrilla delantera y entre una quebrazón de vidrios lo mete empujado por la vitrina de la confitería donde se exhibían los pasteles de boda y de cumpleaños, las magdalenas y medialunas, los éclairs que era divinos según alcancé todavía a oír, y las canastas de turroneos importados de Alicante adornadas con lazos de organdí que hacían famoso al establecimiento, hasta abrir un hueco en la pared del fondo y dejarlo tendido sobre una larga mesa espolvoreada de harina donde amasaban la pastelería, y el vagón del tranvía asomando la trompa por en medio del boquete, las ruedas en el aire embadurnadas del batido con que se bañan los queques, todavía girando, encendidas en chispas.

Ese vagón tenía el número 1, y era para uso exclusivo del presidente Yglesias, fabricado en Manchester por encargo del supremo gobierno, con asientos de cuero azul profundo y ventanillas de vidrio decoradas al esmeril; y según pasó, el conductor, bien jumado, cometió la insolencia de sacarlo ese domingo, sin permiso alguno, del hangar junto a la estación del Atlántico donde se guardaban y reparaban los vagones, porque se le ocurrió dar un paseo hasta La Sabana él solo,

como todo un presidente, y ya venía de regreso cuando ocurrió la desgracia de la que el muy bribón salió ileso porque supo saltar a tiempo pese a su ebriedad, tanto que el resguardo lo tomó preso por el rumbo del Paso de la Vaca cuando iba camino de su casa, tan ajeno a lo acontecido que no presentó resistencia, tal era el aturdimiento de la borrachera. Como la vida teje sus hebras de una manera que uno nunca se imagina, ya ve como yo me casé después con un descendiente del presidente Rafael Yglesias.

El tranvía era cosa de llamar la atención, claro está. Pero haga por imaginarse lo que era la ciudad de San José en la época en que murió aplastado el ingeniero Starck. Una triste aldea, ya le dije. Y cuando Amanda y yo crecimos, tampoco es que fuera muy diferente. Yo todavía recuerdo las nubes de zopilotes que iban volando detrás de los carretones de caballos que llevaban a botar la basura a los vertederos. Con sólo decirle que el tranvía que venía traqueteando desde La Sabana y atravesaba el Paseo Colón, que era lo más elegante que teníamos, algo así como nuestros Campos Elíseos, debía detenerse para dejar pasar las carretas tiradas por bueyes y las recuas de reses que llevaban al degolladero. Y cuando iba por otros rumbos, digamos esa ruta nueva que venía desde Guadalupe y conectaba con la Estación del Pacífico, aquellas calles llenas de hierbajos eran barrizales en el invierno, temporadas en que era necesario para los peatones atravesarlas sobre tabloncillos de cedro que mandaba a colocar la municipalidad.

Por las calles deambulaban pastando a su gusto rebaños de vacas y caballos, mientras los solares baldíos, abundantes de maleza, solían ser refugio de malhechores de lo que hay repetidas quejas en los periódicos y boletines de la época, igual que hay quejas acerca de los animales sueltos que se asomaban con tranquilidad a las puertas de las casas. ¿Cómo evitar el paseo de los semovientes frente a la fachada misma del Teatro Nacional?, se preguntaba un editorial, refiriéndose al teatro recién inaugurado. Braulio tenía muy bien documentado todo eso en un libro de recortes; eso le venía por el lado de los Fernández, que eran muy acuciosos, allí tiene a su tío don Ricardo Fernández Guardia, el historiador más eminente y respetado de Costa Rica.

Ahora ha cambiado todo, y esta ciudad me parece un infierno, no sólo por la maldad, porque hasta prostitución de niñas y de niños hay, han salido reportajes horribles en el extranjero sobre el turismo sexual, personas viciosas que vienen en busca de placeres con menores; es que, además, todo el mundo anda atolondrado, y me parece que hay más gente de la que San José aguanta, y demasiados vehículos. Ya no se puede pasear por las calles debido a los asaltos, no sé de dónde ha salido esa multitud de malhechores. ¿Ha visto lo que es ahora el centro? Guido Sáenz, cuando fue la primera vez Ministro de Cultura, mandó a botar toda una manzana de casas que había al lado del Teatro Nacional para que el edificio se destacara, y vea en lo que esa plaza de ha convertido, es horrible con tantos vendedores callejeros, tantos vagabundos. Y dígame la

Avenida Central, que en tiempos de nosotras era sumamente elegante, con sus tiendas de modas y sus perfumerías, las confiterías, las librerías, ahora es un sólo barullo de gente sin oficio, y las casas cayéndose, nadie las repara. Ya San José se fue de allí, todo eso es un esqueleto de ruina.

En los tiempos que le digo, cuando todo esto empezaba y nació la idea del tranvía, lo que había era unos cuantos barrios de gente bien, el Amón, aquí donde estamos, el Turnón, con residencias que podían llamarse de postín, y fuera de este perímetro la mansión Solano, la más espléndida de todas, alejada en el sector de La California, de esa casa después le voy a hablar porque tiene que ver con Amanda; otros barrios más o menos bien, el Otoya, el Aranjuez, cercanos a aquellos primeros dos, y cercanos entre ellos, donde vivían las familias de lo que empezaba a ser la gente mediana; y el resto de San José, las casas de paredes de tablas y techos de zinc, por miedo a los terremotos, que ya le mencioné, y las casas de adobe y tejas que aún quedaban. Eso es lo que se divisaba desde Cuesta de Moras, donde levantaron el cuartel Buenavista que ahora es el Museo Nacional, techos rojos de zinc, techos herrumbrados, salvo algunos almacenes de comercio y oficinas de la altura de dos pisos que se alzaban en la Avenida Central, y el Teatro Nacional, la Catedral Metropolitana, la Estación del Atlántico, la Estación del Pacífico, y el Colegio de Señoritas, edificado diez años atrás. Y pare de contar.

El Teatro Nacional era como un capricho de un campesino finquero que dice: me gané tanto y tanto con la cosecha de café, ahora voy a enseñar mi dinerillo y pongo un teatro, háganme un

teatro europeo. Recordaba a la Ópera de París, aunque más pequeña. Papá y mamá, que estaban entonces recién casados, asistieron a la función de inauguración a finales de 1897, y aquello fue de frac los hombres y las mujeres de largo. Decía papá que pareció algo sobrenatural para la gente del pueblo que se amotinaba curiosa afuera, cuando las lámparas y candelabros volcaron la luz por los ventanales, como si por dentro ardiera un incendio. Porque en coincidencia con la inauguración del teatro arrancaba también el servicio de luz y fuerza de Monsieur Duplantier y Mister Keith, y San José venía a ser así la primera ciudad latinoamericana alumbrada con energía eléctrica, sin llegar siquiera a los veinte mil habitantes.

Usted ha oído que aquí en Costa Rica hay mucha cicatería, pero para la construcción del teatro las familias adineradas supieron abrir sus bolsillos. Papá y mamá venían de esas familias, pero papá no alcanzó herencia de bienes, y sólo le quedó el apellido Tinoco, lo mismo que a mamá su apellido Ortuño, y tampoco recibió herencia. ¿Qué es lo que había pasado para que aquel deseo del teatro se les volviera una obsesión? Que siete años atrás la diva Adelina Patti no quiso incluir a Costa Rica en su gira por América, ya que el teatro Variedades, el único de la ciudad, construido de madera, tenía más las condiciones de un gallinero que de una sala de espectáculos; pero de todos modos allí recalaban las compañías de zarzuela y de operetas bufas, y como las candilejas eran de canfín, la verdad es que en cualquier momento, con cualquier

soplo de viento, una cortina podía coger fuego y prender en el maderamen. Entonces, el orgullo herido, acordaron entre todos pagar al gobierno un impuesto de cinco centavos por cada arroba de café exportada a los mercados de Europa para costear las obras del Teatro Nacional.

La función inaugural estuvo a cargo de la Gran Compañía de Ópera de Aubry, por allí guardo el programa que quedó entre los papeles de papá. La compañía se lució con Fausto, la ópera en cinco actos de Charles Gounod. En ese piano que vio en la sala, antes de que la artritis me estropeará los dedos, yo tocaba el valse que Mefistófeles y Fausto cantan en el segundo acto en las puertas de la ciudad, acompañados por el coro.

Un gasto exagerado traer a esa compañía, porque fue necesario pagar pasajes en barco y alojamiento por un mes para el elenco de actores, comparsas y coristas, tramoyistas, apuntadores y escenógrafos, además de los sesenta profesores de la orquesta, pues usted sabe que en una ópera se necesita una multitud de gente, y encima el costo de los fletes de los decorados, el vestuario y la tramoya. Una manifestación popular dio la bienvenida a la troupé en la Estación del Ferrocarril del Atlántico, donde los carretoneros se ofrecieron para llevar gratuitamente los equipajes al hotel Metropole; y como no fueron suficientes las camas, muchos quedaron hacinados en los corredores en catres de campaña comprados de emergencia en el comercio, mientras el director de escena, el director de orquesta y los artistas principales, por consideración, fueron alojados en casas particulares de las más principales.

En el frontispicio del teatro fueron colocadas las estatuas de la Gloria, la Fama y la Danza, y en nichos equidistantes otras dos, una de Beethoven, la otra de Calderón de la Barca, obra ambas del escultor Adriático Froli, que las esculpió en Florencia. El presidente Rafael Yglesias había ordenado que se trajeran estatuas de Mozart y de Shakespeare, pero vea la arrogancia de Froli que dijo: Beethoven es más grande que Mozart, y Calderón de la Barca más grande que Shakespeare. Cambió la orden presidencial a como él quiso. Y ya puestas aquí las estatuas, ¿quién podía hacer nada?

Lo que son los plafones del foyer salieron de la mano romántica de otro artista italiano, Luigi Bignami, que pintó figuras que representan el amanecer, el mediodía y la noche, y también legiones de ángeles y cupidos sosteniendo guirnaldas de rosas entre las nubes. Todo aquello era profusión de mármoles, bronce y terciopelos, y desde Inglaterra vinieron unos ingenieros a instalar un invento, el piso levadizo que tiene la platea, que se levanta hasta la altura del escenario por medio de una maquinaria hidráulica después de quitar las filas de butacas, y así se daban bailes de gala para el día de la independencia y en honor de los jefes de estado extranjeros.

Amanda y yo nos desviábamos a veces del camino al colegio y nos metíamos a ver aquellas maravillas porque el administrador del teatro, don Manolo Raventós, nos dejaba entrar. A mí me gustaba mucho una pintura hecha por otro italiano, creo que Fontana, que se llama La alegoría

al café y el banano, y que a Amanda le daba risa porque decía que aquellas figuras de mujeres rubicundas cortadoras de café no tenían nada de campesinas costarricenses, ni el paisaje tampoco, y que más bien parecía que estuvieran en La Toscana y no en Escazú, mientras los trabajadores que cargan con ligereza los racimos de banano son seres más que felices, encantados de sostener aquel peso sobre sus espaldas hora tras hora. Esa pintura se halla al subir las escaleras, justamente entre el Palco Presidencial y la entrada principal al foyer, y aparece en el billete de cinco colones. Si es usted amigo de Samuel Rovinski, que es ahora el director del Teatro Nacional, le va a enseñar todos esos tesoros con mucho gusto, pero supongo que de todos modos ya los conoce.

Por lo demás, todo aquello nos parecía misterioso a ambas, las filas de butacas forradas de terciopelo en la sala oscura, los palcos vacíos con sus decoraciones doradas en los balcones, el telón de boca rojo sangre, el olor del polvo en las colgaduras y el olor a madera vieja, y era como si estuviéramos oyendo afinar la orquesta antes de abrirse el telón, las toses en la platea, el murmullo de las voces. Se hablaba de que al comienzo habían existido unos palcos ocultos, a los que se entraba desde la calle por puertas secretas, reservados a quienes no querían dejarse ver, personajes poderosos que andaban huyendo de sus acreedores, prófugos por algún hecho de sangre, o señoras casadas que asistían encapuchadas a las funciones acompañadas de sus amantes; pero papá decía que todo eso eran leyendas viperinas, porque la moral de la época era muy alta y no como en las novelitas licenciosas.

Me han dicho que pusieron un busto de Amanda en el jardín delantero donde en aquel tiempo había rosales. Toda clase de rosas. Rosas damasquinas, rosas de Bengala, rosas de Creta, rosas de Venus. Por cuentas es todo el reconocimiento que tiene Amanda en Costa Rica, ese busto en el jardín del Teatro Nacional que yo nunca he visto.

¿Qué le decía entonces? Pues esos fueron los abuelos maternos de Amanda, el ingeniero ferroviario Sigfried Starck y su esposa Emigdia Gallegos, nacido él en Estrasburgo, territorio de Alsacia que entonces era de Alemania y en una de tantas guerras pasó a Francia, y nacida ella en San José, proveniente de una de esas familias de vieja alcurnia venidas a menos por razones de fortuna; el maestro don Joaquín García Monge, director de El Repertorio Americano, un gran sabio, le recordaba a Amanda que doña Emigdia descendía del Alférez Mayor Juan Rodríguez de Castro, y Amanda se reía diciendo qué cuál era la gracia de descender de un Alférez si al enviudar su abuela había quedado pobre de solemnidad viviendo de la magra pensión de cien colones que le pasaba la gerencia de la compañía de tranvías mientras sus ancestros se habían hecho polvo sin procurarle herencia alguna.

El ingeniero Starck y doña Emigdia tuvieron una única hija que se llamaba Julia, Julia Starck, la madre de Amanda, bautizada así en recuerdo de la madre del ingeniero que tenía por nombre Julia Schmeel, según las cuentas que llevaba Amanda, casada en Mülhausen con

Gottlieb Starck, capitán de granaderos del ejército prusiano en tiempos de Bismarck. Vea lo que es mi memoria. Pero sirve para acordarme de esos nombres extranjeros, pero olvido los de mis nietos.

Muchacha de buena familia Julia Starck, por lo que me está oyendo contarle, pero la adversidad de su pobreza no le atrajo ningún partido de plata, y eso que aquí con sólo ser alemán o descender de alemanes ya se le abrían a cualquiera las puertas del Club Unión, que en eso de los apellidos extranjeros la buena sociedad se fijaba mucho. Pero en qué quedó la infortunada Julia sino en hija desprovista de una viuda pensionada por la compañía de los tranvías, y que fiel a los deseos de su marido difunto seguía sin salir de su casa, y de coserse su propia ropa había pasado a coser vestidos ajenos. Una costurera, digamos, que si le damos el título de modista no creo que la ayudemos en nada, no la ayudaríamos ni con el título de maestra, que ese prestigio era relativo y para casar bien a una hija ser maestra titulada no servía demasiado.

Se casó entonces Julia con el partido que tuvo más a mano, un señor Carlos Solano que administraba una finca bananera en Guápiles, cuando se empezaba con la siembra del banano en esa zona y había potentados que lo cosechaban para entregarlo a la United Fruit, y por no moverse de su comodidad en San José buscaban administradores que les vieran los cultivos. Un mandador, pues, una palabra que a mí me suena horrible. Allá se llevó a vivir a su esposa en unas

condiciones pésimas, eso está más para adentro de Heredia, donde ya se baja de la meseta hacia la costa del atlántico, y en ese tiempo el paludismo y las disenterías se ensañaban en la gente que emigraba a las plantaciones. Venían braceros a montón hasta de Nicaragua, y fueron ellos los más calenturientos en la huelga que los comunistas le montaron a la United Fruit en 1934.

Pero tampoco piense que ese señor Solano era campesino ni nada. Los Solano, muy ricos antes, cosechadores y exportadores de café, son familia que suena desde los tiempos de la colonia igual que los Gallegos, gente legítima de Cartago que fue la capital de Costa Rica cuando los españoles, muy principales, también se lo recordaba don Joaquín García Monge a Amanda, que don José Antonio Solano Velásquez, su ancestro por línea directa, había sido dos veces gobernador de Costa Rica, y si no baste mencionar que de ese mismo tronco vienen dos presidentes de la república, don Jesús Jiménez, y su hijo don Ricardo Jiménez, que estuvo tres veces en el mando, y aún ya encima de los ochenta presentó todavía su cuarta candidatura, no tanto porque él quisiera, sino porque sus partidarios fueron a sacarlo de una finca donde se hallaba retirado. ¿Le digo algo de don Ricardo? Se levantaba por costumbre a las diez de la mañana, no había poder sobre la tierra que lo moviera de la cama a una hora más temprana. Alguien se lo reprochó alguna vez en un periódico, que era un hombre haragán, y él dijo: me levanto a las diez de la mañana, pero he sido tres veces presidente de Costa Rica.

Estos son entonces los padres de Amanda, Carlos Solano Tenorio, que declaraba tener por profesión factor de comercio porque se habría sentido apenado de reconocer que era mandador de finca, y Julia Starck Gallegos, de oficios del hogar. Repito que bien relacionados pero mal avenidos con la fortuna, y no pocas veces pienso qué ocurre si al ingeniero Starck no lo aplasta un vagón del tranvía que era su propia obra; a lo mejor así le sonrío la dicha a Julia, y por tanto después a Amanda, pero esas cadenas de cálculos y especulaciones no llegan a ninguna parte porque entonces el ingeniero seguramente no habría permitido que la hija se casara con un mandador de finca, por muy de alcurnia que fuera, y en tal caso no hay Amanda Solano en este mundo.